

Introducción

El amable lector que tiene en sus manos este libro debe saber que forma parte de un proyecto de más calado, comenzado hace ya algunos años, para rastrear y documentar todo el proceso de ingreso de España en 1986 en la entonces CEE. El trabajo se dividió en cuatro etapas, la primera de las cuales abarca desde el nacimiento en 1957 del Mercado Común, con la participación de seis países europeos, Alemania, Francia, Italia, y los tres del Benelux, hasta 1963. Esta indagación se plasmó en el libro «Una Europa para dos Españas», publicado en 2010. En 1957 a nadie en España se le ocurrió solicitar el ingreso en un club cuyas reglas ni se cumplían ni se estaba dispuesto a cumplir. Pero se tomó nota de que la relación comercial con el nuevo bloque no solo no menguaba sino que crecía año tras año. Las cosas cambiaron radicalmente en el verano de 1961 cuando el Reino Unido se dio por vencido en el proyecto alternativo del EFTA, y solicitó el ingreso en el MCE. El tema era preocupante porque las islas recibían casi la mitad de nuestras exportaciones agrícolas y serían tratadas, caso de entrar el nuevo país, con las mismas reglas que los Seis. Pasaron pocos meses antes de que España, en febrero de 1962, presentara la conocida carta Castiella pidiendo la apertura de conversaciones. Los comunitarios ni se dignaron contestar, hasta que España reiteró un año después que seguía esperando una respuesta a su petición. En efecto, en 1963, los comunitarios muy matizada-

mente recordaron al aspirante que no cumplía prácticamente ninguna de los derechos del hombre, consagrados en la Carta de San Francisco, y que el Mercado Común había hecho suyos. Ni el derecho de libertad religiosa, ni el de asociación política o sindical, ni el de prensa, ni tantos otros. Como para seguir insistiendo, como hacía un conocido político hace no mucho, en la placidez del régimen franquista. Y tanta placidez, que ni un cementerio daría, salvo que formaras parte de la maquinaria del régimen.

Los años que median entre 1963 y 1968 fueron objeto del segundo volumen de la colección, con el título de «Europa, de entrada, no» (publicado en 2014), título que era un guiño al lema popular del PSOE, OTAN, de entrada, no, utilizado en el referéndum para decidir nuestra entrada en aquella organización. Fueron los años de preparación del acuerdo económico que finalmente firmaría España en 1970. Lo que marcó ese periodo fue el mentís que Francia, en la persona del general De Gaulle, hizo al Reino Unido, retrasando el ingreso de los británicos dos lustros. La solicitud británica era un regalo envenenado, como pronto advirtió el país galo. Porque traía consigo una pesada mochila de difícil encaje en la trama comunitaria. Estaba, en primer lugar, sus relaciones especiales con los Estados Unidos en temas muy sensibles como las armas nucleares o los servicios de inteligencia. Por otra parte, venía el Reino Unido con una infinidad de tratados y compromisos de todo orden con los países de la Commonwealth, algo que Francia había dejado fuera con los países de la Francofonía. El frenazo a los británicos fue una bendición para España, que ya había comenzado a negociar un tratado comercial específico, que le sacara del impreciso grupo de «terceros países».

Es en ese punto, con mayo del 68 como fondo, donde arranca esta tercera monografía de la serie, que llega hasta 1978, a la espera de completar el último libro que cubrirá la fase final hasta la incorporación en 1986. Comienza este tomo analizando la fase final que culmina en el Acuerdo Preferencial de 1970, todo un hito en la historia económica de nuestra país, porque regulará durante tres lustros, apenas sin cambios, todas las relaciones comerciales entre España y el Mercado Común.

Muy pronto se pudo ver que era un acuerdo desequilibrado que favorecía descaradamente a nuestro país. El truco fue que Bruselas hizo concesiones muy generosas en el terreno industrial pensando –erróneamente– que España seguiría siendo un simple exportador de productos agrícolas. La cada vez más insistente queja de los comunitarios fue sorteada por España aprovechando el revuelo causado por el ingreso –esta vez sí– del Reino Unido, Austria y Dinamarca; luego por la crisis del petróleo de 1973; y pronto la certeza de que la vida de Franco (el «hecho biológico», como se le conocía en forma neutra) tocaba a su fin. Esto ocurriría en noviembre de 1975. Pero sirvió para hacer desaparecer los velos que interesadamente se habían puesto los comunitarios. El primero había sido centrar en las dificultades políticas la razón principal para negar la entrada de España. Una vez desaparecido el problema, una vez que el nuevo gobierno anunció que se aprestaba a remover todos los obstáculos de limitación de libertades que el franquismo había tenido. Pero los comunitarios no se fiaban de la seriedad española, como pudieron comprobar con el golpe de Tejero en 1981. Esperemos unos años dijeron, pese a los frenéticos esfuerzos de Areilza recorriendo las capitales europeas. El otro velo que cayó fue la ambigua postura francesa que siempre alardeó de ser nuestro valedor y amigo en el Mercado Común. Ahora pudo verse que le importaban mucho más los intereses de sus agricultores, que quemaban los camiones de fruta españoles, o de sus empresas interesadas en radicarse en nuestro país. El conocido giscardazo fue solo una manifestación más de lo solos que estábamos en Europa.

Tuvieron que pasar algunas cosas como el citado golpe de estado, la llegada de los socialistas al poder, y cambios en la correlación de fuerzas en la Comunidad, con un mayor peso de Alemania sobre la hasta entonces todopoderosa Francia, para que la negociación entrara en la fase crítica de culminación. Y ello de la mano de aquel aerofóbico incorregible que era Carlos Romero, ministro de Agricultura en los años 80, quien cada vez que tenía que ir a negociar a Bruselas se pasaba la noche anterior metido en un tren para evitar coger un avión. Nunca llegó tarde a ninguna reunión de la Unión Europea. Romero asistiría

a la firma del tratado de adhesión a la CEE, cosa que fue impedida a Alberto Ullastres y a José Luis Cerón por un rencoroso Felipe González, incapaz de reconocer la impagable labor que ambos habían realizado durante dos lustros largos. La trayectoria posterior del hoy millonario González no ha hecho sino confirmar ese carácter que ya entonces apuntaba.

Muchos son los agradecimientos que debería indicar. Para la elaboración de esta monografía ha sido determinante la ayuda del personal de los numerosos archivos que he consultado, de modo especial el Archivo General de la Administración, en Alcalá de Henares, y el Archivo General de la Universidad de Navarra. He tenido la suerte de poder recoger testimonios de algunos protagonistas de los hechos: José Luis Cerón, Juan José Bellod, Raimundo Bassols, entre otros. También varios amigos y colegas que me han facilitado el acceso a documentos o han hecho amables sugerencias al texto que presento. A todos ellos, gracias de corazón.